

El eclipse

Mario Méndez Acosta I

Desde hace 188 años, los habitantes del Distrito Federal no habían vuelto a observar un eclipse total de sol como el que se verá el 11 de julio de este año, con una duración aproximada de siete minutos y a una altura de 89° 53' sobre el horizonte (equiparable únicamente al de 1763). Para volver a gozar de este peculiar fenómeno natural, predecible con admirable exactitud como para desmentir todos esos mitos que se han creado en torno a las predicciones, los capitalinos tendremos que esperar hasta el próximo 22 de diciembre del 2261.

El 28 de mayo del año 585 antes de Cristo, la batalla que libraban los ejércitos medos en contra de los lidios se detuvo súbitamente. Ante el horror de los contingentes armados, el campo de batalla se oscureció por completo al medio día y el pánico se apoderó de los soldados.

Los combatientes de ambos bandos cayeron de rodillas. Alzando sus manos al cielo le rogaron al dios solar que volviera pronto la luz. La batalla se pospuso y la paz se firmó entre los dos reinos, ante el evidente disgusto de sus dioses con las querellas de los mortales.

Cada cultura, antes de acercarse al conocimiento científico (el único que permite entender la naturaleza de los eclipses solares), elabora una interpretación mítica del fenómeno. En el caso de los medos y de los lidios resulta curioso resaltar que sus vecinos inmediatos en Babilonia conocían, desde mil años antes, la causa verdadera del oscurecimiento del disco solar, e incluso eran capaces de pronosticar el fenómeno. Lo mismo ocurría en China, donde los astrónomos del palacio imperial no sólo tenían la capacidad, sino hasta la obligación de pronosticar eclipses solares. De esto da testimonio la famosa leyenda que reporta el libro Shu-Ching (Libro de la Historia): según él, los influyentes astrónomos reales Hsi y Ho, al servicio del emperador Yao, fueron severamente reprimidos por no haber prevenido un nefasto eclipse solar.

El rey local, Ching Kang, tuvo a su cargo la amonestación, o el ritual, efectuado contra este par de magos astrólogos. Según los Anales de Bambú, el mencionado eclipse ocurrió en el 2159 o en 1952 aC.

Sin embargo, con todo y que una minoría selecta esté al tanto de la verdadera naturaleza de los eclipses solares, eso rara vez tranquiliza al pueblo, quién no deja de sentir que algo muy malo tiene que estar ocurriendo en los cielos para que el poderoso sol se apague.

Generalmente, la interpretación mitológica de estos eventos se refiere a una fuerza misteriosa que logra apagar el sol. En la India se asegura que, de vez en cuando, el travieso dios Rahu -¿dios del azar, quizá?- se apodera del vino de la inmortalidad y lo reparte entre los dioses menores, quienes arman un gran alboroto.

Vishnú, uno de los dioses más poderosos, indignado se lanza a castigarlos. Le corta la cabeza al sol y ocasiona la furia y desesperación de la luna, esposa de aquél. Enloquecida, devora la cabeza de su marido y amenaza con comerse a todos los astros. Esto hace que se recupere el sol y todo vuelve a la normalidad.

Los mongoles tienen una interpretación semejante, nada más que el ejecutor es el dios Araco.

En gran número de culturas, muchas de ellas totalmente inconexas, la reacción popular al eclipse consiste en causar el ruido más estridente que se pueda, para asustar a quien, o quienes, estén devorando o escamotando al astro solar. En Europa, la costumbre de salir a gritar como poseídos cuando ocurría un eclipse, se practicó durante la Edad Media.

Los escandinavos postulaban la existencia de dos lobos cósmicos: Moongarin y Fen-ris. Su misión era que cada uno devorara a la luna y al sol; y de vez en cuando hacían un intento. Moongarin causa así los eclipses de luna y Fenrislosdesol. Algún día lograrán su objetivo de devorar definitivamente a las mencionadas luminarias, que desaparecerán para siempre del firmamento.

Los lapones atribuyen el oscurecimiento del sol a la legión de demonios. Todavía en este siglo se dedicaban a disparar contra las cercanías del sol para ahuyentar a los espíritus malvados.

Los tailandeses, por su parte, comparten la creencia oriental más generalizada de que un dragón devora al sol y únicamente puede persuadirse de regurgitarlo si todos los ciudadanos salen a la calle a golpear calderas, cazos y utensilios metálicos; acto que desde luego es capaz de enervar a cualquier ser vivo, incluyendo a un terrorífico dragón cósmico.

Los chinos no ilustrados atribuían el apagamiento del sol y de la luna en sus respectivos eclipsamientos a la acción de un genio maligno que con la mano derecha podía ocultar el sol y con la izquierda la luna. Los hijos del Imperio Celeste acostumbraban también a hacer ceremonias y ritos propiciatorios para que el eclipse terminara pronto. Algunos solían arrodillarse para golpear el suelo con la frente, mientras que otros -más prudentes- tañían algunos panderos especiales.

Entre los indígenas de Mesoamérica el eclipse era testimonio de un evidente conflicto cósmico entre algunas de sus principales deidades. Esto era gravísimo, ya que muy bien podría producirse el fin del mundo. No bastaban los gritos o los ruidos para hacer que Tonatzin se librase de las garras de Tezcatlipoca. Para evitar la aniquilación era necesario empezar jornadas de ayuno generalizado y practicar sangrías entre voluntarios, con el fin de reunir sangre de emergencia para ofrendar a los dioses en conflicto. Los egipcios antiguos veían en los eclipses un grave rompimiento del acuerdo tácito entre sus grandes deidades, lo que señalaba, cada crepúsculo, la cotidiana aniquilación y descuartizamiento del dios solar Ra, para su posterior reintegración y resurrección, al amanecer. Existía así el riesgo constante de que Osiris rompiera su pacto y acabase con el sol para hacer que la noche y la muerte gobernaran por siempre en la tierra. Generalmente los sacerdotes, después de largas oraciones, se atribuían el éxito en sus gestiones ante las deidades de la noche para posponer el fin de los días.

Los antiguos peruanos acostumbraban, en todo tipo de eclipse, amarrar sus animales domésticos a los árboles y luego pegarles con varas. Los gemidos y chillidos cómodamente evitaban -siempre con éxito- la prolongación excesiva del oscurecimiento.

Los mandinga, del África, atribuían el oscurecimiento a la acción de un enorme gato estelar que, con una manita, tapaba el sol juguetona-mente.

Los persas sasánidas consideraban que los eclipses los causaba el arcángel Gabriel, quien obstruía con una tapita el canuto especial con el que dios sopla para avivar el fuego solar. Se imponían entonces las rogativas al mensajero de dios, para que este se dignara abrir esa tapa.

En el presente se ha generalizado en todo el mundo una superstición de origen incierto -aunque muy explicable en términos del pensamiento mágico-. Esta creencia señala que el eclipse solar causa graves daños en el producto de las mujeres gestantes que se exponen directamente al fenómeno.

En México también se comparte esa idea, hasta por algunas conductoras de programas radiales matutinos y de pretendido servicio social, quienes están convencidas de que el eclipse, en efecto, emite algún tipo de efluvio mágico. Así como se ve, no será fácil erradicar ese mito.

En un eclipse reciente en la India, a pesar de las invitaciones de los astrónomos y científicos al público para que disfrutara este fenómeno, protegiendo naturalmente su vista de los rayos solares -algo que debe hacerse siempre y no nada más en los eclipses-, se calcula que más de la mitad de la población se ocultó en oscuros sótanos o cuartos aislados para resguardarse de las influencias malignas del fenómeno.

Lamentablemente, a escasos años del siglo XXI, los mitos más despreciables siguen acogotando a la mayor parte de los seres humanos.